

FILMS

DE AMOR

La Curva de la Muerte



Núm.
143

25
C.F.S.

Sally Blane - Douglas Fairbanks Jr.



ROSSON, Richard

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 107
BARCELONA

AÑO V

NÚM. 147

La Curva de la Muerte

(DESCO *MAN'S CURVE*, 1924)

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título interpretada por el simpático artista de la pantalla

DOUGLAS FAIRBANKS (HIJO)

por **MANUEL NIETO GALAN**

Exclusivas GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 Barcelona

REPARTO

Ernesto Vernon . . . Douglas Fairbanks Jr.
Esther Fergusson . . . Sally Blane

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

Primera Parte

El grandioso autódromo neoyorquino presentaba aquel día una extraordinaria concurrencia con motivo de celebrarse las pruebas eliminatorias para el próximo campeonato. A estas pruebas habían concurrido las más famosas marcas de automóviles y hasta aquella fecha parecía llevar ventaja sobre sus rivales el coche de la "Aladin Motors".

En uno de los palcos del autódromo presenciaba las carreras el presidente de las manufacturas "Aladin Motors" y su ingeniero jefe Gabriel Marshal, creador del coche número 15, que corría y el que tenía la seguridad de que saldría vencedor en la prueba.

Más que por el interés de la casa, Gabriel quería que triunfase el coche creado por él, con el fin de poder conseguir el asentimiento del señor Fergusson para obtener la mano de la preciosa Esther Fergusson y con ella los millones del padre, que era lo que más le interesaba.

Hombre de bajos sentimientos, para Gabriel lo principal era crearse una posición elevada aun cuando para ello tuviese que pasar por todas las bajezas y emplear medios que no hubiera aceptado ninguna persona de carácter recto.

Tenia un rival, un rival poderosísimo, pues su simpatía y su juventud alegre y optimista habían ganado el aprecio de Esther, hasta el punto de convertirse los dos jóvenes en los mejores amigos. Era éste el conductor del coche número 15, Ernesto Vernon, considerado por todos los técnicos como uno de los mejores corredores de automóviles y que luchaba con todas sus fuerzas para ofrecer el triunfo a la hija de su amo.

Aquel día también presenciaba las pruebas Esther y toda ella se hallaba pendiente de los incidentes de la carrera, con la convicción de que su amigo sabría vencer con su pericia a todos los rivales.

Los coches seguían su carrera desenfrenada por la pista, hasta que llegó el momento culminantes de la prueba, que era el cruzar una curva, que por su disposición tan peligrosa se le había dado el nombre de "La curva de la muerte". Hasta entonces el coche que conducía Gabriel había ido a la cabeza de todos, pero en aquel instante el que venía cerca de él, hizo un mal viraje y conductor y vehículo dieron una vuelta de

campana. Gabriel volvió la cabeza, a la vez que detenía un poco la marcha de su coche, para ver lo que había ocurrido y esto fué suficiente para que otros coches le adelantarán.

El ingeniero, que sentía por él un odio inextinguible, se aprovechó del descuido del conductor para decirle al presidente de la Compañía:

—¿Ha visto usted a Vernon?... Le he visto perder la serenidad ante este accidente, y eso nos ha hecho perder la clasificación.

—En efecto—respondió el presidente—, no comprendo que haya perdido tantos puestos en dos segundos.

Desengáñese, señor Fergusson—volvió a decirle el ingeniero—. Con semejante conductor, sólo de la suerte depende que nos clasifiquemos para la gran carrera. Ahora mismo pudo haber aventajado a todos en la curva de la muerte... pero cuando un hombre es cobarde como Vernon, poco se puede esperar de él.

Esther, que oía hablar de aquella manera de su amigo, no pudo contenerse y toda la antipatía que sentía por el ingeniero la demostró diciéndole:

—No está bien lo que hablaba usted de Vernon. Todo eso que dice usted a espaldas suya podría decirlo delante, que tal vez él le contestase de diferente modo.

—¿Bah!—exclamó despectivamente el ingeniero—. Me parece, señorita Fergusson, que se preocupa usted demasiado por un hombre que no merece su atención.

—Lo mismo le digo—respondió ella—. Se preocupa usted demasiado por el interés que me merece nuestro conductor, sin tener ningún motivo que le autorice para ello.

El padre de la joven puso término a la discusión que cada vez iba agriándose más y se dirigieron hacia el lugar donde se había detenido Vernon, en compañía de su mecánico. Era éste un muchacho alegre y decidido que profesaba a Ernesto un verdadero cariño y que estaba además convencido de que solamente él era digno de ganar el campeonato de aquel año. Se llamaba Crispin Docker y cuando Ernesto llegó a su lado le preguntó:

—¿Qué te ha pasado para dejarte adelantar por aquellos coches?

—Muy sencillo—respondió Ernesto—. Que el coche no responde en el último momento. Si Marshal quiere ganar la carrera con él, tendrá que perfeccionar este motor, de lo contrario, perderemos el campeonato.

El mecánico examinó el motor del coche número 15 y después se volvió hacia su conductor, diciéndole:

—Llevas razón, con un motor así es inútil hacer filigranas. Pero ese pollo entiende tan-

to de motores como la tía de mi abuela... que no vió ninguno...

Esther, que había sido la primera en llegar a donde estaba Vernon, al ver el disgusto que expresaba por aquella derrota, procuró animarlo, diciéndole:

—No se preocupe, Vernon... Ya tendrá más suerte otra vez.

—Ni ahora ni nunca podrá tener más suerte—exclamó el ingeniero, que había llegado en aquel instante, y dirigiéndose a Vernon le dijo, con marcado desprecio: —¡Buen conductor es usted! ¡Un hombre que pierde el valor en cuanto ve un accidente!

Vernon, al oír las palabras del ingeniero, se adelantó hacia él con el ánimo de castigarlo, pero Fergusson se interpuso, aplacándole y Ernesto le dijo:

—Permítame hacer algunos cambios en el motor, señor Fergusson, y le aseguro que lo de hoy no se repetirá.

—¡La culpa no es del motor—volvió a decir el ingeniero—, es de usted, que no tiene suficiente sangre fría para tomar parte en las carreras!

Otra vez hizo ademán Ernesto de castigar a su rival, pero nuevamente se interpuso el señor Fergusson, diciéndole:

—Marshal me ha asegurado que su coche es el más veloz de cuantos hay en el mercado y estoy seguro de que dice verdad.



Otra vez hizo ademán Ernesto...

—Sin embargo—respondió Ernesto—, yo le ruego, señor Fergusson, que venga usted a ver el motor que estoy contruyendo desde hace tiempo. Se convencerá de que es el único que puede ganar el campeonato.

—Sí, papá—intervino Esther, segura de la pericia de su amigo—. Vamos a verlo y así le convencerás por tí mismo.

En el mismo autódromo, en uno de los garages de alquiler, Vernon tenía establecido su pequeño taller y allí trabajaba continuamente en la construcción de un nuevo mo-

tor, con la seguridad de que saldría vencedor, si había alguien que le ayudase monetariamente para terminar su trabajo.

Con la satisfacción consiguiente fué enseñándole Vernon y dándole explicaciones de su coche al presidente y al ingeniero, y cuando esperaba palabras de alabanzas por su trabajo, oyó decir a Marshal:

—El principio no puede ser más malo... estoy seguro de que el final será todavía peor.

—Usted no puede decir eso de mi motor —exclamó Vernon—. Si es verdad que entiendo de motores, no puede menos de reconocer que este es perfecto.

Marshal se lo quedó mirando despectivamente y al fin le dijo:

—Yo creo que son los ingenieros los llamados a construirlos... y no los conductores.

Vernon vió escaparse su última esperanza de poder presentar su motor, y desanimado por completo, quedó en el garage, sin ganas de salir a despedir a Esther. Mas ésta entró a buscarlo y le dijo:

—No sea usted pesimista, Ernesto. Ya sabe que papá le aprecia mucho y yo haré por que se interese por su motor.

—Gracias, Esther—le respondió el muchacho—. Es usted muy buena y nunca podría pagarle este interés que se toma por mí.

—¿Quién sabe—respondió ella, sonriendo

—si algún día le exigiré alguna recompensa a cambio de ello?

—¿Qué quiere usted decir, Esther?—preguntó el joven, creyendo adivinar en las palabras de la hija de su principal una dulce esperanza por él acariciada.

—Por ahora no puedo decirle otra cosa—respondió ella, sonriendo y saliendo del garage—. Venga usted y se lo diré entonces.

No le cupo duda a Ernesto de lo que significaban las palabras de Esther, y desde aquel instante, el amor que sentía por ella le dió más confianza y se puso a trabajar activamente en su motor.

—Oh, a la victoria!—pensó—. Ya no era solamente su celebridad como conductor la que ponía en juego, sino el amor de Esther, de aquella mujer que había hecho latir su corazón bajo el impulso de los primeros latidos de un amor único en su vida. Por llegar a conseguir el amor de Esther estaba dispuesto a todo, a vencer, a luchar, a todo. Poderse mirar en aquellos hermosos ojos y sentir de sus labios las dulces palabras de amor era para el joven conductor el máximo de la dicha. Y pensando en esto, su alma se abría al optimismo y nuevamente la sonrisa iluminaba su rostro.

Segunda Parte

Habían sido suficientes las explicaciones que Vernon dió de su motor en construcción para que Marshal comprendiese, como ingeniero, que llevaba razón al asegurar de que su motor sería el más veloz que se presentaría en las pruebas del campeonato. Pero lo que no podía permitir él es que Vernon se llevase la gloria y apareciese ante los ojos de Esther como un héroe. Aquella gloria debía ser suya y para alcanzarla no se detendría ante nada.

Pensando en esto mandó llamar a Ernesto y le dijo:

—He estado meditando en el motor que me enseñó usted. Desde luego reconozco que adolece de bastantes deficiencias, pero con mi ayuda creo que podría llegarse a su construcción.

Vernon se le quedó mirando sin llegar a comprender las intenciones del ingeniero, y éste siguió diciéndole:

—¿Usted desea trabajar en su motor, verdad, Vernon? Pues bien, lo he arreglado todo para que así sea.

—¿Y cuáles son sus condiciones?—pre-

guntó Ernesto, seguro de que aquel hombre no era capaz de ningún rasgo de desinterés.

—Aquí las tiene usted—le respondió el ingeniero, presentándole una carta, cuyo contenido decía:

“Aladin Motors.

Muy señores míos: Convencida de que es imposible ganar la carrera con su coche actual, presento la dimisión como conductor de su casa y me consagro exclusivamente a la construcción de mi motor.

Ernesto Vernon.”

El deseo de Marshal era, en primer término, alejar del lado de Esther a su rival, y por otra parte impedir que corriese en la carrera, ya que él mismo estaba seguro de que Vernon era un conductor temible. El muchacho, sin adivinar las perversas intenciones del ingeniero, firmó la carta y cuando Marshal la tuvo en su poder le dijo, descaradamente:

—Hablemos ahora sin caretas, amigo mío... Yo sé que usted celebra verse libre de la carrera. “La curva de la muerte” era su preocupación, ¿verdad?

—No es cierto—resonó enérgicamente el conductor—. Estoy seguro de que esa curva no es lo peligroso que todos dicen. Solamente con un poco de serenidad se puede pasar completamente lanzado.

—Bueno—siguió el ingeniero—. Dejemos

ese asunto y vamos a otro que nos interesa bastante. He notado que su interés por la casa no es precisamente por ella. Que usted adora el salto por la peana, hablando más claro, que por medio de Esther espera usted conseguir la ayuda de su padre.

—Eso es mentira!—exclamó indignado Ernesto—. A mí me importa poco la situación financiera de Esther.

—Sin embargo, yo estoy seguro de que usted lo que quiere es su dinero—volvió a decirle Marshal. Pero no había acabado de pronunciar aquella frase cuando Ernesto, de un terrible puñetazo, lo derribó al suelo.

En aquel mismo instante se presentó Fergusson y su hija y al ver a su ingeniero en el suelo, preguntó extrañado:

—¿Qué ha sucedido aquí?

—Nada, señor Fergusson—respondió el muchacho—. El señor Marshal y yo no podemos seguir juntos y por eso he presentado mi dimisión.

—¿Nos deja usted?—preguntó alarmada Esther—. ¿Qué se le ha hecho para que adopte esa decisión?

—La incompatibilidad de carácter entre el señor Marshal y yo—respondió Vernon.

—Lo siento, de verdad que lo siento—respondió el presidente de la Compañía—. Estaba muy contento de usted y siento que quiera marcharse... ¿Supongo que irá usted



En aquel mismo instante...

a conducir algún coche rival en la carrera?

—Supone usted mal, señor Fergusson—respondió Vernon—. Jamás haría traición a su marca. Si corro en la carrera será poniéndolo a prueba el motor que usted despreció.

Se dirigió hacia la puerta para marcharse, pero allí le detuvo Esther, que le dijo:

—¿Se marcha usted enfadado con nosotros, Ernesto?

—Yo jamás me enfiadaré con usted, Esther, ni con su padre. Pero no puedo permé-

tir los insultos de ese mequetrefe que tienen por ingeniero.

—Entonces, ¿le espero esta noche, para acompañarme a pasear?

—Vendré esta noche y siempre que usted quiera —respondió Ernesto, estrechando la mano que le ofrecía ella. Al sentir el contacto de aquella mano, un estremecimiento recorrió todo el cuerpo de los dos jóvenes y sus bocas se acercaron como para consumir el beso delicioso que tanto ansiaban sus corazones. Mas antes de llegar a realizarlo, la realidad se presentó ante Vernon y con un brusco ademán se apartó de ella y salió de la casa, llevando en su ánimo la certidumbre de que era amado por Esther. Inmediatamente que volvió a su domicilio trató de buscar algún constructor de automóviles que se aviniese a ayudarle monetariamente en la construcción de su motor.

Pero construir un motor es una cosa y buscar capital para construirlo otra muy distinta. Y después de recorrer casi todas las manufacturas, recurrió a un tal Benton, uno de esos hombres que andan a la busca de gangas para aumentar su fortuna. Le hizo ver su motor y Benton, después de haberlo examinado detenidamente, le propuso las condiciones por las que se avendría a facilitar el dinero. Eran éstas tan locas que Ernesto no pudo menos de contestar indignado:

—Lo que usted me propone no es un negocio lícito, señor Benton. Si aceptase sus condiciones, perdería yo todos los derechos de propiedad sobre mi motor.

Pues si no está usted conforme —respondió Benton, dando por terminada la entrevista—, no haremos el negocio. Es la única forma de poderle prestar el dinero que necesita.

Y aquella única esperanza de poder alcanzar el triunfo y con él el amor de Esther también, la vió desaparecer Ernesto, dejándolo sumido en una tristeza infinita.

Aquella noche, como todas, Marshal fué a casa de Fergusson y con el pretexto de hablar de negocios, podía a la vez permanecer algunos momentos con Esther. Estaba aquel día decidido a hacer su petición oficial a Fergusson para que le concediese la mano de Esther, pero esperaba que la conversación se desviase por aquel sendero y mientras tanto escuchaba a Fergusson, que, contrariado por la marcha de su conductor, le decía:

—Si es verdad lo que usted ha dicho, Marshal, de que el motor de Vernon no es seguro, creo que no se atreverá a conducirlo en la próxima carrera.

—Yo así lo espero también—respondió el ingeniero—. Es casi seguro de que con ese motor se mataría al tomar la curva.

—¿Y no habría alguna manera de hacerle desistir de su propósito?—volvió a preguntar el señor Fergusson—Sentiría en el alma que le ocurriera alguna desgracia a ese muchacho que tan bien se ha portado siempre con la casa.

—Ya sabe usted su terquedad—exclamó nuevamente el ingeniero—. Además, Vernon es un individuo algo fatuo que se cree haber descubierto algo interesante. Nadie, ni nada podría hacerlo desistir. Después de todo, usted ha salvado su responsabilidad, no aceptando su motor para la carrera.

—Sin embargo, me parece que mi hija podría obtener alguna ventaja—respondió el presidente, y volviéndose hacia donde estaba la joven, le dijo: —Tú tienes alguna influencia sobre Ernesto, Esther... ¿Por qué no le convences de que debe abandonar la idea de tomar parte en la carrera?

—No creo prudente que la señorita Esther vaya a buscar a ese muchacho... Creería que le tenemos miedo.

—No es necesario que vaya yo—respondió ella intencionadamente—. Esta tarde le rogué que viniese a verme y no ha de tardar. Yo sabré convencerlo, papá.

En efecto, momentos después se presentaba Ernesto, y Esther, que lo vio llegar, corrió a su encuentro y le dijo:

—Le agradezco que haya venido a bus-



—Le agradezco que haya venido a buscarme.

carme. Tengo algo interesante que decirle. Ante el gesto interrogativo de él, volvió a decirle:

—Es mejor que nos vayamos al jardín. La noche está deliciosa y podremos hablar a solas de una cosa que le interesa mucho.

Ernesto se dejó conducir por la joven hasta el jardín, y una vez que se sentaron sobre una hamaca, ella empezó diciéndole:

—¿Cómo han ido sus gestiones en busca del capital que necesita para su motor?

—Me he pasado todo el día buscando una

ayuda financiera, sin resultado alguno. Hasta ahora no había creído nunca que hubiera tanta gente desconfiada en el mundo—respondió el muchacho, completamente desalentado.

—¿Y por eso es toda su pena?—le preguntó cariñosamente Esther.

—Sí, Esther—exclamó él—. Me han dicho hoy tantas veces que estoy loco, que casi he llegado a creérmelo... Sólo tuve una oferta... el señor Benton... Quería quedarse con todo y solamente pagarme con un sueldo... Ha sido una oferta inadmisible.

Dejó reclinarse la cabeza sobre sus manos y así permaneció algún tiempo, hasta que sintió que Esther le acariciaba dulcemente. Levantó la vista hacia ella y en sus ojos adivinó toda la llama del amor que encerraba en su corazón.

—Esther—exclamó, sin poderse contener.—Mi mayor pena es el no poderme presentar ante usted como un hombre digno de obtener su amor... Si usted supiera...

—Lo sé todo—exclamó ella—. Y yo también le amo, Ernesto... ¿No ha sabido usted comprenderlo todavía?

Y en el silencio de la noche, en medio del aroma que exhalaban las flores, aquellos dos corazones se unieron en un beso de noble y sincero amor.

—Ernesto—le dijo Esther, una vez hubo



Y en el silencio de la noche.

pasado el momento sentimental en que se hallaban y acordándose de las palabras de Marshal—, yo tengo algún dinero mío. Puedo financiar tu motor; pero ha de ser con una condición... que no lo conducirás tú.

—Eso es imposible, Esther—exclamó el muchacho—; yo no me atrevo a confiar mi motor a cualquiera... Además, tengo interés en demostrar a Marshal de que no soy ningún cobarde como él dice.

Y mientras los dos jóvenes disculgan, en el interior de la casa, Marshal, temeroso de que

la entrevista de Esther y Vernon hiciese fracasar sus planes, le dijo al padre de la joven:

—Usted habrá observado, señor Fergusson, que Esther no me es indiferente. ¿Le gustaría a usted tenerme por yerno?

—¿Se lo ha dicho usted ya a ella? —le preguntó Fergusson.

—Todavía no —exclamó el ingeniero—. Sé que no está enamorada de nadie y he querido tener su aprobación antes que nada.

—Desde luego, por mi parte, aprobado —le respondió Fergusson—; pero siempre ha de ser con la conformidad por parte de ella. Jamás me opondré a su deseo sobre este particular. Estoy decidido a hacer su felicidad y que se case con el hombre que ame, no con el que yo le elija.

Habían salido de la casa y mientras hablaban iban acercándose a donde estaban los dos jóvenes, de forma que sin que ninguno se vieran, se oían perfectamente las palabras.

El señor Fergusson, preocupado por la decisión de Ernesto, cuando estuvieron cerca de donde estaba su hija y el muchacho, le dijo al ingeniero:

—Supongo que Esther habrá convencido ya a Ernesto de que no tomé parte en la carrera.

—Así lo creo yo también —respondió el ingeniero—. El muchacho es testarudo... pero

tienen mucha fuerza las súplicas de una mujer.

Ernesto, que oyó esta conversación, adquirió la seguridad de que Esther había representado una comedia, para que no tomase parte en la carrera, e indignado de lo que él creía una burla de su amor, se levantó diciéndole:

—La felicito, señorita, por lo bien que ha sabido usted desempeñar su papel.

—No crea usted nada malo, Ernesto —suplicó ella—. Le juro que sólo he pensado en su seguridad.

—Le agradezco su interés, pero he de decirle que correré la carrera, sea como sea, aun cuando tenga la seguridad de que me ha de costar la vida. Puede usted guardarse su dinero, que para nada lo necesito.

Y sin darle tiempo a que ella pudiera disculparse salió del jardín, dejando a la joven sumida en la desesperación, al ver que había perdido el amor y la confianza del hombre a quien tanto amaba. Su indiferencia hacia el ingeniero se convirtió desde aquel instante en odio enorme hacia él, y fué precisamente en esta ocasión, la que eligió Marshal para buscar a la joven y confesarle su amor diciéndole:

—Esther, he hablado con su padre respecto a mis deseos...

—¿Y cuáles son sus deseos, señor Mars-

hal?—le preguntó la joven, sin dejarle terminar.

—Usted sabe que la amo, Esther, y que mi mayor felicidad sería el hacerla mi esposa—siguió diciéndole el ingeniero—. ¿Qué me contesta usted?

—Dígame primero lo que le ha contestado mi padre—le respondió ella.

—El dice que solamente depende de usted. Su conformidad es la que puede hacerme el hombre más feliz del mundo.

—Lo comprendo—exclamó la joven, dándose cuenta de las miradas interesadas de él, —pero le suplico que me deje algún tiempo para pensarlo... Al final del campeonato de este año le daré mi respuesta definitiva...

Y con la esperanza de que casi tenía lograda su ambición, el ingeniero se despidió de su jefe y de su hija, no sin antes decirle a ésta:

—¿Quedamos para la fecha indicada?

—Descuide usted—respondió ella—. Yo no olvido lo que prometo.

Tercera Parte

A la mañana siguiente, lo primero que hizo Esther fué pedir comunicación con Benton. Una vez que éste estuvo en el teléfono, le dijo:

—Soy Esther Fergusson, señor Benton. Quisiera hablar con usted acerca del motor de Ernesto Vernon... Estoy dispuesta a darle el dinero necesario, pero ha de ser de forma que crea él que es usted el que lo facilita.

—Entendido—respondió Benton—. Ahora mismo telefonaré a Vernon, para que rese de hacer gestiones en busca de capitalista.

—Se lo agradeceré mucho—respondió Esther—. Cuando quiera puede venir a recoger el dinero que le entregué a mi nombre.

Aquello tranquilizó algo a Esther. Estaba segura de que Ernesto sabría vencer en la prueba definitiva y que una vez vencedor, lograría hacerle comprender todo lo que le amaba, al hacerle ver la equivocación de la noche anterior.

Entre tanto Vernon era llamado por Benton, que le dijo:

—He reflexionado acerca de su proposición y estoy dispuesto a hacerle una proposición mejor. Yo construiré su coche e iremos a medias en las ganancias.

—Conforme—respondió Ernesto—. Yo le aseguro que no se arrepentirá. Estoy decidido a vencer, pese a quien pese.

Y desde aquel momento, Ernesto, con dinero suficiente para llevar a cabo la construcción del coche que habría de darle la victoria,

se entregó con todo frenesí al trabajo, ayudado de su fiel amigo Crispín.

Algunos días después se verificaban los entrenamientos y el coche de Vernon producía la admiración de todos. Marshal, que se había comprometido a conducir él mismo su motor, le dijo a su mecánico:

—Ese motor de Vernon corre más de lo que yo pensaba. Hay que hacer algo para que no tome parte en la prueba final.

—No será eso muy difícil—respondió sonriendo el mecánico, que era de la misma condición que Marshal—. Ya veremos el medio de inutilizárselo.

Y con este estado de cosas llegó la víspera de la gran carrera. Vernon tenía ya todo preparado para la inscripción, y mientras que Crispín daba los últimos toques al motor, él salió para recoger el importe de la inscripción. Al poco rato volvió descorazonado y su mecánico le preguntó:

—¿Qué tienes?... ¿Acaso dudas de vencer?

—Me ocurre lo peor que podría pasarme

—Benton se ha marchado de la ciudad y se le ha olvidado dejarme el dinero para la inscripción.

—¿Y cuánto se necesita?—preguntó el mecánico.

—Mil dólares—respondió Ernesto—. Si no

los tenemos media hora antes de comenzar la carrera, estamos perdidos.

El mecánico empezó a buscarse por todos los bolsillos, hasta que al fin, bajando la cabeza, exclamó:

—La verdad, creí que tendría algún dinero, pero ahora resulta que no tengo ni un dólar que prestarte.

—Déjate de bromas, Crispín—exclamó Ernesto—. Voy a salir a ver si encuentro algún medio de arreglo.

Salió del garage, mientras que Crispín, debajo del auto, seguía haciendo la limpieza general del motor.

Marshal y su mecánico, que no perdían de vista a Ernesto, apenas le vieron salir del garage entró en él el mecánico, mientras que el ingeniero vigilaba para no ser sorprendidos.

El mecánico, sin darse cuenta de que debajo del auto estaba Crispín, sacó del bolsillo un tarro de pólvora y se disponía ya a inutilizar el motor cuando salió Crispín y lo cogió por el cuello, amenazándole con estrangularle.

—Escúcheme y no se precipite—dijo al fin decir el mecánico de Marshal—. Supongo que usted no le hará asco ganarse unos cuantos dólares.

Crispín concibió inmediatamente la manera

de ganarse el dinero que le hacía falta para inscribir el coche, y exclamó:

—Véamos cuáles son las proposiciones que me hace.

—¿Cuánto quiere usted?—preguntó a su vez el mecánico.

—Mil dólares—respondió Crispin.

Salió el mecánico a llamar a Marshal y cuando éste entró le dijo:

—He hablado y quiero mil dólares por dejarnos trabajar.

—Entendido—respondió Marshal—. Aquí tiene usted quinientos—y le entregó un puñado de billetes—. El resto se lo entregaré esta noche, cuando nos deje entrar.

Cuarta Parte

Aquella tarde, cuando volvió Ernesto sin poder haber conseguido el dinero que necesitaba para la inscripción, Crispin se echó a reír de su desesperación y le dijo:

—No te apures, hombres, que yo ya he buscado la manera de que podamos inscribir el coche.

—¿Tú?—preguntó extrañado Ernesto—. ¿Cómo?

En pocas palabras le refirió Crispin la entrevista que había tenido con Marshal y la

promesa que le había hecho de dejarlos entrar aquella noche.

—¿Pero no comprendes que lo que quieren es deshacer el motor, inutilizármelo.

—Ya lo sé—respondió Crispin—. Pero cuando ellos vengan ya habremos colocado aquí un motor cualquiera y que deshagan todo lo que les venga en gana.

Hicieronlo así y unas horas después Marshal le entregaba la cantidad ofrecida a Crispin, seguro de que Ernesto no podría tomar parte en la prueba del día siguiente.

Apenas se fueron salió Ernesto de su escondite y transportaron nuevamente el motor a su sitio.

Durante toda la mañana del otro día siguieron los dos amigos trabajando en el motor y ya casi a la hora de comenzar la carrera lo tenían listo.

En el autódromo, todo el mundo esperaba la llegada de los coches rivales, y éstos iban llegando poco a poco y alineándose en los lugares respectivos. Desde uno de los palcos Esther esperaba ver llegar a Ernesto, pero el tiempo pasaba y su coche no salía a la pista.

su padre, que creía también que era Benton el que había favorecido a Ernesto, le dijo sonriendo:

—¿No crees que ha hecho una tontería Benton con invertir su dinero en el motor de Ernesto?

—También creo yo eso—respondió Esther, sin querer decir a su padre que el dinero le pertenecía a ella.

—¿Y no has vuelto a verlo desde la noche que estuvo en casa?—le preguntó otra vez su padre.

—Le he mandado varios recados, pero han sido inútiles. No ha querido venir—contestó la joven—. Parece que huye de mí.

—¡Pobre muchacho!—exclamó su padre.—Está demasiado ilusionado con su motor y creo que hoy fracasará lamentablemente... si es que corre.

En aquel momento se presentó Marshal, preparado para emprender la carrera, y le dijo a su principal:

—Me han dicho que Vernon ha encontrado esta mañana su motor hecho cisco, pero yo no lo he creído.

—¿Entonces supone usted que correrá?—preguntó Fergusson.

—Tampoco. Estoy seguro de que todo ha sido una estratagema para sacarle el dinero a Benton... Algo así como una estafa.

—Se equivoca usted, señor Marshal—exclamó Esther, señalando hacia la pista—. Mire usted, ahora mismo llega Vernon en su auto.

Marshal no pudo reprimir un gesto de extrañeza al ver que, efectivamente, Vernon se presentaba para tomar parte en la carrera

de campeonato y no podía tampoco explicarse cómo habría podido arreglar en tan corto espacio las averías que la noche anterior él creía haber hecho en su motor.

La campana del autódromo dió la señal de salida y momentos después todos los corredores se lanzaban en busca del premio ofrecido para el campeón.

El primero en lanzarse fué Marshal, pero detrás suya iba Vernon, que no le dejaba ganar un metro de distancia, esperando tan sólo que llegase el momento oportuno para obligar a su motor a lanzarse con toda la velocidad.

Marshal, creyendo, sin embargo, que el coche que llevaba Vernon había dado ya todo el rendimiento, se reía, seguro de su victoria, y le decía a su mecánico:

—El pobre está haciendo esfuerzos inauditos. Creo que en los últimos metros lo dejaremos bastante atrás.

Seguían los coches su marcha desenfrenada, y en estas condiciones, sin que ninguno intentase frenar llegaron a la curva de la marcha de su coche, y aquel momento lo aprovechó Ernesto para ganarle la delantera. Vió el ingeniero la maniobra de Vernon, y con la peor intención se cruzó en la pista con el objeto de que el coche de Ernesto diese la vuelta de campana. Una vez más demostró Vernon su gran pericia en el volante, sal-



—¿Estás seguro de que te amo?

vando la difícil situación en que lo ponía su rival y llegando el primero a la meta.

El cariño que Fergusson sentía por el joven le hizo olvidar su propia derrota para ir en persona a felicitarle, y le dijo:

—Confieso mi equivocación, Ernesto... Deseo comprarle su motor.

—Por mí no hay inconveniente—respondió Ernesto—, pero tendrá usted que hablar con mi socio, con el señor Benton.

Fergusson se volvió hacia donde estaba éste y le dijo:

—Le felicito por su acierto, Benton, y le hago la misma proposición que a Vernon.

—Vernon está equivocado—respondió sonriendo Benton, a la vez que señalaba a Esther—. El verdadero socio es la señorita Fergusson... Mi papel ha sido solamente el de tapadera, para que no supiese él quién era la persona que le facilitaba el dinero para llevar a la práctica su proyecto.

Crispín, entre tanto, se había ido en busca de Marshal, y le dijo:

—Amigo mío, ya es hora de que se descubra todo y quiero hablar dos palabritas con usted.

El ingeniero comprendió lo que aquello significaba y antes de quedar en ridículo delante de todos huyó del autódromo, dejando a los dos jóvenes, Ernesto y Esther, que reconciliados se decían:

—Esther, perdóneme por haber dudado aquella noche de sus intenciones.

—¿Y ahora?—respondió ella—. ¿Estás seguro de que te amo?

—Sí, Esther, tan seguro como tú puedes estarlo de que jamás dejé de amarte.

Fergusson y Benton comprendieron que

estaban estorbando en aquel instante, y mientras ellos fingían inspeccionar el motor, Esther y Ernesto lo aprovecharon para gozar de la dulzura de un beso que los unía para siempre.

FIN

Ya estan a la venta

La Colección de tarjetas postales
que usted deseaba:

**LOS DIEZ MÁS SUGESTIVOS BESOS POR
LOS ARTISTAS MÁS SIMPÁTICOS**

Colecciones de 10 postales 2 pts.

Pedidos a:

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

No se venden postales sueltas. Acompañar el importe en
sellos de correo o por Oira Postal.

5

Han sido los éxitos de la Cinematografía

EL DESFILE DEL AMOR (2.^a edición)

BEN - HUR (3.^a edición)

LOS NIBELINGOS (2.^a edic. agotada)

EL SIGNO DEL ZORRO (4.^a edición,
agotada)

LOS DOS PILLETES (3.^a edición)

Y TODOS HAN SIDO EDITADOS POR

BIBLIOTECA FILMS
(TÍTULO DE LA SUPREMACIA)

De la hoy ausente al Catálogo General que se encuentra en
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona